



# SEFARAD, SEFARAD

---

Por JOSÉ CUENCA  
Embajador de España

Han pasado ya treinta años desde que, como embajador en Grecia, visité a los sefardíes de Salónica, de tanta tradición en la historia de La Diáspora. No es un lugar cualquiera, sino una ciudad griega que había sido, durante siglos, el más próspero y brillante centro hebreo en el Mediterráneo oriental.

La presencia judía en Salónica es milenaria. En 1170, la visitó el rabino Benjamín de Tudela, que abrió para Europa, cien años antes que lo hiciera Marco Polo, la “Ruta de la Seda”. El viajero se detuvo allí unas semanas, camino del legendario Reino de Catai, acogido por una comunidad israelí que apenas superaba las quinientas almas. Eran descendientes de los emigrantes llegados de Judea, tras la primera destrucción del Templo, más de mil años atrás. Y según relata el sabio rabino navarro, estaban dedicados al comercio de las telas y se reputaban como diestros en las antiguas y sutiles artes de tejer los paños, estampar colores y aderezar la púrpura.

## TRAS EL EDICTO DE LA ALHAMBRA,

firmado por los Reyes Católicos el treinta y uno de marzo de 1492, miles de judíos españoles tuvieron que emigrar. Salónica formaba entonces parte del Imperio Otomano, que estableció el más férreo control en el campo militar; pero las manufacturas, el comercio y las finanzas siguieron en manos de los griegos. Entre ellos, destacan los hebreos, que desempeñan un papel preponderante en la ciudad. Y hacia allí se dirigen miles de judíos, obligados a dejar España. Algunos, pocos, han conseguido salir con sus dineros, ocultos en los más ingeniosos artilugios; otros, la inmensa mayoría, sólo llevan consigo su excelencia en las artes menestresales, el comercio y el manejo de la industria textil, especialmente el cardado, tratamiento y tejido de las lanas merinas. El sultán Bayaceto II conoce la importancia que, para Salónica, Esmirna y Estambul, tienen las familias que acaban de llegar. Y, bien aconsejado por el influyente Gran Rabino de Constantinopla, dicta un “firmán” por el que se les facilitan recursos y acomodo, ofreciéndoles la ayuda y protección que tanto precisaban.

Los emigrantes mallorquines y andaluces forman un compacto grupo, rico y poderoso, con largas experiencias en la administración, la ciencia y el dinero. En cuanto a los castellanos, han estado cerca del que manda y saben cómo se organiza una comunidad. Lo hacen siguiendo las famosas Ordenanzas de Valladolid, que rigieron las aljamas judías durante décadas. De esta forma, y en menos de 20 años, hacen de la capital de Macedonia una ciudad cosmopolita, abierta y floreciente, donde se inaugura, en 1510, la primera Universidad. El dinero fluye, las escuelas proliferan, el comercio atrae las inversiones procedentes de Atenas, el Asia Menor y las repúblicas italianas. Y Salónica se transforma en la que entonces se llamó “La Jerusalén de los Balcanes”.

Para 1900, tras cuatro siglos de acertada y eficaz gestión, Salónica cuenta con más de treinta sinagogas, diversos talleres industriales y varios centros de negocios. La mitad de sus cien mil habitantes eran descendientes de españoles, y el idioma que se habla es el ladino, que practican las asociaciones culturales y las más destacadas familias tesalonicenses. Pero dos cataclismos cambiaron para siempre la estructura social de la ciudad. El primero tuvo lugar en agosto de 1917: el incendio que la destruyó casi por completo. Sinagogas y oratorios, escuelas y bibliotecas, factorías y telares fueron reducidos a cenizas. La tragedia perdura en el recuerdo como “La Gran Tribulación”, marcada en los anales sefardíes durante generaciones. Más de quince mil lo perdieron todo y se vieron obligados a emigrar a Bulgaria –en Sofía aún se les recuerda– y a la costa turca del Mediterráneo, donde viven de la caridad de sus hermanos. Pero no todos se marchan. Los que quedan trabajan con denuedo, reconstruyen los barrios castigados por las llamas, vuelven a erigir las casas de cambio y comercios en la “calle de las doblas”, y consiguen levantar, con su esfuerzo y su talento, todo cuanto había sido calcinado.

En 1940, los judíos se acercaban, de nuevo, a las sesenta mil almas. Entonces sobrevino la segunda y gran calamidad: el Holocausto. Tras una serie de avatares con las tropas italianas, inteligentemente resueltos por hábiles negociadores, llega la más dura realidad. En 1941, las fuerzas alemanas ocupan la región. Dos años después, comienzan las deportaciones en masa. Más de cincuenta mil hombres, mujeres y niños fueron hacinados en los “vagones de la muerte”, camino de los campos de exterminio. Sólo unos cientos lograron salvar la vida, gracias a la gestión de nuestra diplomacia y, de manera muy especial, a los buenos oficios del cónsul en Atenas, Sebastián de Romero Radigales. Pero ya sólo eran



una escueta minoría, sin ningún peso real en la ciudad de sus mayores. Hoy, en una urbe moderna de más de trescientos mil habitantes, los sefardíes son menos de dos mil. Del pasado esplendor de la Salónica española ya no queda nada.

Cuando fui embajador en Grecia y visité esa ciudad, fui recibido por el Comité Directivo de la Comunidad Sefardí como “representante del Rey de Sefarad”. Nunca olvidaré el respeto y el afecto que me tributaron los agradecidos descendientes de las contadas familias que volvieron. Su presidente me dio la bienvenida en un melodioso y arcaico castellano, trufado de fórmulas de cortesía que me sonaron a gloria. Yo escuché sus peticiones y traté de que Madrid les concediera cuanto solicitaban: ayuda al “Centro Cultural García Lorca”, dotar de material, cursos y talleres a quienes estudiaban nuestra lengua, y enviarles un conferenciante que viniese a celebrar el Día de las Letras Españolas, tarea que cumplió, brillantemente, el profesor García Gual. Sobre todo, me pidieron un lector, para que sus hijos, en la Universidad, pudieran aprender la que había sido el habla de sus antepasados.

**“CUANDO FUI EMBAJADOR EN GRECIA Y VISITÉ ESA CIUDAD, FUI RECIBIDO POR EL COMITÉ DIRECTIVO DE LA COMUNIDAD SEFARDÍ COMO “REPRESENTANTE DEL REY DE SEFARAD”**

En una vitrina de la sala de reuniones figuraban unos cuantos libros. Entre ellos, una edición reciente de la “Guía de descarriados” de Maimónides. Eché una ojeada curiosa al resto de las obras y traté de averiguar si aún existía alguna casa que ofreciera publicaciones en español. La respuesta fue poco alentadora: sólo quedaba una librería moderna, que había sido fundada por un viejo patriarca, Solomon Molho. La dirigían sus hijos, pero él la visitaba por las tardes.

Fui a verlo y pude comprobar, con gran contento, que hablaba nuestro idioma, aprendido en su más temprana infancia. Me ofreció una taza de café, denso y aromático, y charlamos

de otros tiempos, por él nunca olvidados. Me dijo que el incendio de 1917 había destruido la tienda de sus padres, donde figuraban obras importantes del Siglo de Oro, que nunca había podido reponer. Le pregunté si disponía de algún quijote en español, y me dijo que no. Pero añadió la frase que transcribí en su día, y aún mantengo en mi recuerdo: “si me topo con algún quijote antiguo, avisaré a vuesa merced para que lo pueda mercar”. Al relatar cuanto antecede, en mi artículo de hace treinta años, le añadí esta frase: “hermosas palabras pronunciadas en un idioma que, todavía, un puñado de sefardíes conservan con amor, como reliquia de la que fue su patria”.

**“PARA MÍ FUE UNA MUY GRATA SORPRESA, COMO EMBAJADOR EN CANADÁ, REENCONTRARME CON EL MUNDO SEFARDÍ, QUE ME HABÍA SALIDO AL PASO EN DESTINOS ANTERIORES”**

La “Tribuna Abierta” que entonces escribí en ABC, dando noticia de mi encuentro con tesa-lonicenses de origen español, fue traducida al hebreo y publicada en la prensa de Israel. Y algo más: cuando fui nombrado embajador en Canadá, cuatro años después, me encontré con la sorpresa de que el citado texto también era conocido por los judíos canadienses. Así me lo contó el presidente de la Comunidad de Quebec, Judah Castiel, que me trajo de Montréal una copia de la revista sefardí, editada en francés, el día en que me vino a visitar. Y allí, entre sus páginas ajadas, se encontraba la “Salónica, Salónica” que yo había escrito años más atrás.

Para mí fue una muy grata sorpresa, como Embajador en Canadá, reencontrarme con el mundo sefardí, que me había salido al paso en

destinos anteriores. Particularmente poderoso era el grupo de Quebec, de gran influencia en ese territorio, como lo atestigua la edición de la revista “La Voix Sépharade”, el apoyo recibido de las autoridades provinciales –especialmente, con ocasión del cincuenta aniversario del Estado de Israel– y su presencia en los medios de la Universidad. Así que, desde mi incorporación a la embajada en Ottawa, decidí tomar contacto con ellos; seguro, como estaba, del apoyo recíproco que nos podíamos prestar, sobre todo en un punto en el que eran particularmente fuertes: el campo cultural.

En mayo de 2001, tuvo lugar el viaje oficial del presidente Aznar a Canadá. Tanto él como Chrétien, primer ministro de ese país, eran muy conscientes de que había llegado la hora de superar el desdichado episodio de la llamada “crisis del Fletán”, que tan negativamente había incidido en las relaciones hispanocanadienses durante años. Así que preparé con todo detalle una visita que, dada la bienquerencia de ambas partes, se saldó con un éxito total.

Pero no es ése el tema del que deseaba hablar en este artículo, sino del encuentro del presidente del Gobierno español con los sefardíes de Canadá, que se celebró en la Embajada. Semanas antes, había ofrecido yo a los siete dirigentes de las Comunidades más representativas un almuerzo, a fin de conocer sus opiniones y analizar los temas que nos proponíamos tratar en la entrevista con Aznar. Cuando nos reunimos, en el mejor de los ambientes, hubo parabienes y buenos deseos, decires y nostalgias, realidades y añoranzas. Sin que los representantes sefardíes de Ontario y de Quebec, que pertenecían a grupos bien organizados, nos pidieran nada que no les pudiésemos prometer.

He creído siempre que ese mundo es un activo que debemos proteger y potenciar. Y que



nuestro esfuerzo debe ir encaminado no sólo a reparar el episodio de 1492, sino a poner en valor una perspectiva de futuro que ambas partes consideran mutuamente provechosa. Y es lo que se ha hecho (tras un temprano intento llevado a cabo en 1924) en los últimos años, con dos iniciativas muy afortunadas. La primera tuvo lugar en 1990, cuando las Asociaciones sefardíes recibieron el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia, en un gesto dirigido a cerrar viejas heridas del pasado. La segunda, marcada por ese mismo espíritu, fue la aprobación de la Ley 12/2015, de 24 de junio, que entró en vigor el uno de octubre de ese mismo año. Una disposición precisa y bien articulada, cuya finalidad, como se expresa literalmente en su texto, era abrir a esa diáspora dispersa por el mundo, “y para siempre, las puertas de su antigua patria”.

Tras una exposición de motivos inspirada en ideas y valores como el “reencuentro” y la “reconciliación”, el artículo primero de la norma da el paso decisivo: otorga la nacionalidad, por carta de naturaleza, a “los sefardíes originarios de España”, en determinadas circunstancias, “aunque no tengan residencia

legal en nuestro país”. Conozco varios canadienses que se han beneficiado de esta concesión, amén de una muy querida familia mexicana que hoy goza de nuestra nacionalidad. Es lo que se pretendía: traerlos otra vez a casa.

**“HE CREÍDO SIEMPRE QUE  
ESE MUNDO ES UN ACTIVO  
QUE DEBEMOS PROTEGER  
Y POTENCIAR”**

Con ello se culmina un proceso que ya es una realidad. Y celebro que así sea. Porque en los diversos puestos donde he servido como embajador, he conocido familias descendientes de judíos castellanos que hablan un ladino sonoro y brillador, se sienten orgullosos de sus raíces y aún conservan, pasadas de padres a hijos durante generaciones, las llaves de las que fueron sus viviendas en España. Familias, como las de Salónica, Sofía y Canadá, que siguen añorando la belleza y la nostalgia de la Sefarad perdida. Bueno es, como se dice en el texto de la ley, abrirles las puertas para que puedan regresar.